

se acerca... ¿Será un verdugo?

Si tal á los cielos plugo
afortunado nació.

(Se sienta en un poyo que habrá á un lado.)

Sale DON LOPE DE AZAGRA y se detiene como indeciso.

D. LOPE.

(Aparte.)

¡Qué tremenda agitacion
me destroza y me confunde!
¡Qué peso me abruma y hunde
al pisar esta mansion!

(Clavando los ojos en don Pedro.)

¡Qué gallardo...! ¡Qué altivez
tan noble en su rostro veo!

(Aterrorizado bajando los ojos.)

¡Ay de mí, que soy yo el reo,
y mi hijo el severo juez!

(Avanzando con dignidad, y haciendo un esfuerzo para aparentar firmeza.)

Don Pedro Azagra, escuchad.

D. PEDRO.

(Con entereza y sin levantarse.)

¿Azagra...? ¿Quién me nombró...?

D. LOPE.

(Parándose á distancia.)

Es vuestro rey.

D. PEDRO.

(Con dureza.) Eso no;

que su obediencia y lealtad
y su fe sólo consagra
al legítimo derecho

de la reina, el noble pecho
de Pedro Lopez de Azagra.

D. LOPE.

Mirad, jóven imprudente,
que os perdeis alucinado.

D. PEDRO.

Lo que es, tengo bien mirado
á mi sangre conveniente.

D. LOPE.

(Esforzándose.)

Ved que el alto emperador
don Alonso, el que á su nombre
unió el glorioso renombre
de fuerte batallador,
es el que teneis delante.

D. PEDRO.

(Indignado.)

Mentís, que fué muerto en Fraga,
y no hay prueba que deshaga
una verdad semejante.

D. LOPE.

(Disimulando la turbacion.)

Por altos juicios de Dios,
en aquel empeño fuerte
triunfar logró de la muerte.

D. PEDRO.

No basta lo digais vos.

D. LOPE.

Si vuestro padre viviera...

D. PEDRO.

(Interrumpiéndole.)

A la reina defendiendo,
y su obligacion cumpliendo,
vuestra audacia confundiera.

D. LOPE.

(Aparte.)

¡Cielos...! La sangre me ahoga.
¡Qué dura reconvencion!

(Alto y disimulando.)

Aunque ya por mi razon
tanto brazo noble aboga,
quiero, porque bien os quiero,
y no acierto á castigaros,
con muestras claras probaros
ser vuestro rey verdadero.
Y que estando vivo yo,
no es legítimo el derecho
de mi sobrina...

D. PEDRO.

Sospecho

que quien soy se os olvidó.

Soy Azagra, y si es verdad
que á mi padre conocisteis,
sin duda un muro en él visteis
de teson y de lealtad.

Y nunca desmerecí,
por lo que os cansais en vano,
astuto y pérfido anciano,
la sangre que le debí.

D. LOPE.

(Acercándose enternecido.)

¡Pedro!... ¡Pedro!!!

D. PEDRO.

(Levantándose como para contenerle.)

¡Ah!... No llegad

hasta mí... Que si no fuera
porque una vaga quimera
me turba, y por vuestra edad,

(Con energía.)

os hiciera mil pedazos;
dando tremendo castigo
al impostor, enemigo
de la reina, entre mis brazos.

D. LOPE.

(Arrojándose fuera de sí en los brazos de don Pedro.)

Pues ahoga á tu padre, sí,
ahógalo en ellos, cruel.

D. PEDRO.

(Cayendo consternado en el asiento.)

¿Es... ¡ay! la voz de Luzbel,
ó la de Dios, la que oí?

(Queda enajenado y convulso, y despues de un momento de inaccion y de silencio, se sienta tambien don Lope y le toma temblando una mano.)

D. LOPE.

Oye, Pedro... oye, hijo mio.

Soy tu padre, atento escucha,
y verás que por tí sólo
me encuentro en tan grave angustia.
Por tí sólo, pues tú fuiste
siempre, en mis varias fortunas,
el ídolo de mi pecho,
de mis afanes la suma.

Aunque herido, logré en Fraga,
de tantos valientes tumba,

salvar la vida. El cadáver
del rey ví al paso, y con pura
lealtad, del collar y anillo
le despojé, porque augustas
prendas tales el trofeo
no fueran de infieles nunca.
Perdido entre las montañas
por donde emprendí mi fuga,
de un jeque me ví cautivo,
que me llevó luégo á Suria.
Allí me fugué, auxiliado
por la audacia y por la industria
de ese astuto monje griego
que aquí me sigue y me ayuda.
Hablando con él un día
de la desastrosa lucha
de Fraga, el collar y anillo,
prendas que por siempre ocultas
me acompañaron, mostréle;
y la semejanza suma
le dije que en voz y en gesto,
talle, ademan y figura,
tenia yo con el difunto
rey don Alonso. Y la astucia
de Mauricio vió al momento
una feliz coyuntura
en aquellas circunstancias
para tentar la fortuna.
Opuse á sus sugestiones
risa, creyéndolas burla.
Mas las repitió constante,
con razones tan astutas,
durante los largos años
que otras nuevas desventuras
corrimos juntos, que al cabo
venció mi tenaz repulsa.
Y de que así se torciera
mi alma, siempre recta y justa,
tú fuiste la causa sólo,
mi cariño te lo jura.
Anhelando colocarte
del trono en la alteza suma,
abracé, infeliz, la idea
con decision tan profunda,
que llegó á hacerse muy pronto
dominadora absoluta
de mi existencia. Y tú solo,
tú solo tienes la culpa,
tú solo, hijo de mi alma,
mi esperanza en tanta angustia,
de mi afan único objeto,
iris de mis desventuras.

D. PEDRO.

(Convulso y escondiendo entre sus manos el rostro y cabeza.)

¡Dios eterno!... ¡Dios eterno!
¿Dónde estoy?... ¡Ah!...

D. LOPE.

Pedro, escucha.

Consiguió astuto Mauricio
violar por la vez segunda
nuestros hierros, y volamos
á Marsella. La fortuna
nos proporcionó al momento
de Aragon nuevas seguras;
y al saber que habia quedado
del gran Berenguer viuda
la reina, jóven y hermosa,
mas sin fuerza y sin cordura,
juzgamos que el mismo cielo
daba á nuestro plan ayuda,
ofreciéndonos propicio
la ocasion más oportuna.
Vinimos á Barcelona,
y con próspera ventura
la empresa, hijo, comenzamos
que una corona te funda;
y que sin tu leal denuedo,
mal dije, sin tu locura,
ya estuviera realizada.

D. PEDRO.

¿De ahogadora pesadilla,
que me confunde y abruma,
estoy, ¡ay de mí! en los brazos?...
(Queriendo abrazar á su hijo.)

D. LOPE.

En los de amor y ternura
de tu padre estás.

D. PEDRO.

(Levantándose con violencia y rechazando á su padre.)

¡Oh cielos!

¡Apartad, demonio, ó furia,
apartad!

D. LOPE.

(Separándose aterrorizado.)

¡Ay yo infelice!...

D. PEDRO.

¡La tierra me trague y hunda!
(Conmovido.)

¿Por qué, padre, vuestros brazos
no me ahogaron en la cuna?

(Con nuevo furor.)

Mas ¿qué dije?... ¿Vos mi padre?

No; que á ser mi padre, nunca
en vuestro pecho cupieran
la traicion y la impostura.
Cual os fingiste el rey muerto,
mi padre os fingís sin duda.

D. LOPE.

(De rodillas y abrazando las de su hijo.)

¡Hijo del alma!... ¡Hijo mio!

D. PEDRO.

(Levantándolo bruscamente.)

No me afrenteis.

D. LOPE.

(Llorando.) Oye... Escucha.

D. PEDRO.

(Retirándose.)

Marchad, dejadme... La muerte
termine tan rara pugna.
¡Basta! Si sois don Alonso,

rompa la cuchilla aguda
de los verdugos mi cuello,
que doblarse á vos rehusa.
Si mi padre sois, matadme,
pues que mancha tan inmunda
en la sangre habeis echado
que por mis venas circula.
(*Avanzando en nuevo furor.*)
Mas no sois ni uno ni otro;
dejadme... pronto... ¡Mi furia
es tal... y tal mi despecho...
y mi suerte tan sañuda,
que tal vez!...

(*Conteniéndose de pronto.*)
Marchad, anciano,
que mi decision me asusta.
D. LOPE. (*Confundido.*)

¡Ay de mí!... ¡destino horrible!
El infierno me confunda.
(*Vanse por distinto lado.*)

ESCENA IV

La misma decoracion de la escena segunda representando el corredor interior del castillo. Empieza á anoecer y se va oscureciendo lentamente el teatro. Sale MAURICIO inquieto.

¡Cuánto don Lope tarda!
Algun desastre temo
de ese remordimiento que acobarda
su corazon, y del delirio extremo
que por el hijo tiene.
Mas ya torna hácia aquí... ¡Cielos!... ¡Cuál
(viene!

Sale DON LOPE DE AZAGRA, precipitado y temeroso.

D. LOPE. ¡Ay!... ¿Eres tú, Mauricio?...
Ténme, ténme en tus brazos,
que abierto ante mis piés un precipicio
está sin fondo, en que me haré pedazos.
(*Con gran terror.*)

Ténme, ténme... ¿No miras?...
MAUR. (*Sosteniéndole.*)
¿Qué pronuncias, don Lope?... Tú deliras.
Tú, tan docto maestro
en fascinar la gente,
¿acaso no has logrado astuto y diestro
conquistar á ese jóven imprudente?
¿Incrédulo persiste?...
¿Cómo le hablaste pues? ¿Qué le dijiste?
D. LOPE. (*Temblando.*)

¡Ay!... Alentar no puedo.
Cuanto miro me espanta,
mi pecho aprieta aterrador el miedo,
hiélaseme la voz en la garganta...
¡me persigue aun mi hijo!

(*Mirando con terror el lado por donde salió.*)

MAUR. Vuelve, don Lope, en tí; dime qué dijo.
D. LOPE. Mauricio, retrocedamos.

MAUR. (*Con viveza.*)
¿Adónde?... ¿Por qué?... jamás.
No podemos ir atrás.
¿No contemplas dónde estamos?
(*Recapacitando.*)
Mas ¿qué es esto?

D. LOPE. Que mi hijo...
MAUR. ¿Se negó á reconocerte
por don Alonso?

D. LOPE. La muerte
me ha dado lo que me dijo.
¡Qué fe!... ¡Qué noble lealtad!

MAUR. (*Receloso.*)
Y tú, luégo que advertiste
tanto teson, encubriste...

D. LOPE. No. Le dije la verdad.

MAUR. Nos has, don Lope, perdido;
si libre...

D. LOPE. No me creyó:
que el que una vez mente, no
puede ser otra creído.

MAUR. ¿No te creyó?...
D. LOPE. (*Con dolor.*) Aunque mis brazos,
mis lágrimas, mis lamentos,
los penetrantes acentos
de un corazon en pedazos
le demostraron...

MAUR. (*Suspense.*) Muy bien.
Ya es terrible el compromiso.

D. LOPE. Y desistir es preciso...

MAUR. (*Con enfado.*)
¿De qué, don Lope?... ¿Y por quién?

D. LOPE. ¡Su oposicion es tan fuerte!

MAUR. ¿Le revelaste indiscreto?...

D. LOPE. Sabe, sí, todo el secreto.

MAUR. (*Aparte.*)
Y yo le daré la muerte.

D. LOPE. Lo sabe, y tenaz opuso
tan airada resistencia,
que me temí una violencia,
y grave terror me impuso.
Yo para mí nada quiero,
todo lo hacia por él.
Si lo rechaza, cruel,
¿qué adelanto ya, qué espero?

MAUR. (*Aparte.*)
Tal desaliento me asusta,
y reanimarlo es forzoso.

(*Alto.*)

Te juzgué más animoso,
y de vejez más robusta.
Que á sospechar, vive Dios,

que tan miserable era,
jamás Aragon nos viera
en tal empresa á los dos.
¿De un mancebo alucinado,
que conoce el mundo apénas,
las declamaciones llenas
de celo mal meditado,
tan ridícula influencia
pueden ejercer en tí?
De más temple te creí,
de más madura experiencia.
Haz venturoso á tu hijo
aunque sea á su pesar,
pues las gracias te ha de dar,
burlando de cuanto dijo.
Hay personas que es forzoso
dichosas por fuerza hacer,
sin tomarles parecer.

D. LOPE. (*Como hablando entre sí.*)

Con un crimen afrentoso...
¡Usurpando!...

MAUR. Veo que estás

delirante y sin razon.
Sin crimen de usurpacion
puedes ir á donde vas.

A tu patria, haciendo, sí,
un servicio imponderable
de don Alonso... (*Pensando un momento.*)
Oye.

D. LOPE. Dí.

MAUR. Postrado, atónito el mundo,
creyéndote el guerreador
que le impuso con valor
un respeto tan profundo,
á Aragon acatará,
y de la hispana nacion
por tu prestigio Aragon
el dominio cobrará.
Y su gloria, ya afirmada,
declaras por tu heredera
á la reina verdadera,
á la reina destronada,
que juzgarán tu sobrina;
casas á tu hijo con ella,
puesto que es jóven y bella;
y el objeto á que camina
tu afan consigues así,
con ventaja de Aragon,
sin crimen de usurpacion
y sin mengua alguna en tí.

D. LOPE. (*Como volviendo en sí.*)

¿Me habla por tu boca el cielo?
¡Son tan claras tus razones!

MAUR. De infundadas ilusiones
te las ocultaba el velo.
Y para á cima llevar

intentos de tal grandeza,
no el corazon, la cabeza
debe sólo dominar.
De tu hijo acaso el ardor
por la reina... puede sea,
ahora me ocurre la idea,
aun más que lealtad, amor.
Y puede, don Lope, ser
que en el bien por qué suspira,
y como imposible mira,
tú le vayas á poner.

D. LOPE. (*Reanimado.*)

Tu acento mi angustia calma,
tu voz mis fuerzas me vuelve
y tu razon desenvuelve
de las tinieblas mi alma.

Si puedo, ¡ay Dios! colocar
á mi Pedro en ese trono,
que por él solo ambiciono,
sin la corona usurpar,
siga en buen hora la empresa.
Mas hoy tanto he padecido,
que como nunca he sentido
la edad que sobre mí pesa.
Descansar me es fuerza un rato.

MAUR. (*Llevándolo lentamente hasta la puerta.*)

Descansad, sí, reponéos,
que todos vuestros deseos
protege un destino grato.
A solas considerad,
en tan crítica ocasion,
cuánto os importa el teson.
(*Ya en la puerta en tono solemne.*)
Don Lope, en ello pensad.
Si persistís, se os presenta
un trono para ese hijo;
si retrocedéis, de fijo,
infamia á vos, á él afrenta.
(*Vase don Lope.*)

MAUR. (*Volviendo desasosegado al medio de la escena y paseándose.*)

¡Singular es este hombre!
¿Posible es que en los momentos
de coronar sus intentos
tanto fantasma le asombre?
¿Que con escrúpulos ande
quien diestro hasta aquí llegó,
y á Torrellas fascinó
con facilidad tan grande?
Todo es la debilidad
por ese hijo, que apresado
fué en momento desgraciado.
¡Cosas de su mucha edad!

(*Queda pensativo.*)

A ese jóven es preciso
asegurar. Indiscreto

le patentizó el secreto;
si se fuga... ¡oh compromiso!
(Dudoso.)

Que muera... sí, morirá.
¿Cómo?... cuando en hondo sueño
no sea de sus brazos dueño.
¡Pero difícil será!

(Reflexiona un momento, y prosigue con resolución.)

Beba esta noche la muerte
en un veneno. Sí, sí,
no hay bastante fuerza en mí
para herirle de otra suerte.
(Queda meditabundo.)

Sale BERRIO silbando y distraído, y al reparar en Mauricio se asusta y retrocede.

BERRIO. (Aparte.)

¡Caramba con el frailon!
Siempre charlando entre sí,
anda de aquí para allí
hecho un duende motilon.
Volvámonos piés atrás,
que al cabo le considero
pájaro de mal agüero,
y si me atrapa quizás...

MAUR. (Sobresaltado.)

¡Hola!... ¿Quién es?

BERRIO. (Sobrecogido.) ¡Dios bendito!
(Acercándose con ridículas cortesías de miedo.)

Berrio soy...

MAUR. Oye un momento.
(Dándose una palmada en la frente, como complacido de una ocurrencia feliz.)

(Aparte.) ¡Oh, qué feliz pensamiento!

BERRIO. (Aparte.)

Me ha pescado en el garlito.
(Alto.)

¿Qué manda su eternidad?
(Aparte.)

¡Estoy de miedo difunto!

MAUR. (Con mucha afabilidad, despues de mirar á todos lados para asegurarse de que están solos.)

Llegas cabalmente al punto
que en tí pensaba.

BERRIO. (Escamado.) ¡Oh bondad!

MAUR. Tengo, sí, que hablar contigo,
pues sabes que desde el día
que te ví allá en la alquería,
soy muy de veras tu amigo.

BERRIO. (Gozoso.)

Sí, yo tengo mucho aquel,

y un ángel... que... ya.

MAUR. Es así,

que eras bueno conocí.

BERRIO. Un palomino sin hiel.

MAUR. Pues te quisiera encargar
que á ese pobre prisionero,
jóven á quien mucho quiero,
le llevaras de cenar.

BERRIO. ¡Ay, señor!... con mil amores.

MAUR. Mas nadie lo ha de saber,
porque el rey quiere tener
gran rigor con los traidores.

BERRIO. (Con recelo.)

Siendo así...

MAUR. Nada sabrá,
si es que callar sabes tú.

BERRIO. Callar sé. Mas Belcebú
me sonsaca... y... agua va.

MAUR. Contento, y en todo caso...
tú sabes cuánto yo puedo.

BERRIO. Pues eso me quita el miedo;
(Resuelto y con gran familiaridad.)
padre, estoy dispuesto al paso.

MAUR. Sígueme, y la colacion
que le has de dar, te daré.

BERRIO. Vóyme pues con su mercé,
y sabré callar... ¡chiton!

MAUR. Se lo dejas todo allí
y te sales al momento.

BERRIO. Todo lo haré como un viento.

MAUR. Fuera expuesto para tí
quedarte...

BERRIO. ¡Dios libre!

MAUR. Y ten

cuidado de no tocar
lo que le vas á llevar.

BERRIO. No soy yo goloso.

MAUR. Ven. (Vanse.)

El teatro está ya completamente oscuro, y sale DOÑA ISABEL TORRELLAS, vestida con un traje igual en todo al de Sancha, y con un rebocillo con que pueda taparse el rostro.

D.^a ISA. (Con recelo y timidez.)

¡Con cuánto susto, cielo,
estas estancias piso,
oscuras, pavorosas y asombradas!
Cada paso recelo

que á un nuevo compromiso
me lleva, y el rumor de mis pisadas,
que suenan duplicadas
por los lúgubres ecos
de las bóvedas frías,
en estas galerías,
y de estos murallones en los huecos,

me horroriza y me asombra,
y una voz me parece que me nombra.
¡Ay si mi ácerba suerte
fuera tal que encontrara
con mi padre!... ¡Infeliz!... Antes quisiera
que repentinamente
en sus brazos me ahogara,
que este castillo sobre mí se hundiera.
Ni aun hallo luz siquiera
que dirija mi paso.
Hace un pequeño instante
que juzgué no distante
escuchar hácia aquí rumor escaso.
Mas todo está desierto,
de oscuridad y de pavor cubierto.

(Se pasea con sobresalto.)

Con la villana ropa
que compré á Sancha y Rita,
y con las instrucciones que me han dado,
por medio de esa tropa
desbocada y maldita,
que creyó ser yo Sancha, he penetrado.
Allí un tosco soldado
que á Berrio encontraría
por aquí, aseguróme...
No sé hácia dónde tome...
Ya empieza á vacilar la planta mia.
¡Señor omnipotente,
amparad á esta misera inocente!
(Va de uno á otro lado, escuchando, y se para junto á un bastidor.)

¡Ay! ¡Si estaré, Dios mio,
junto á la misma puerta
que á don Pedro infeliz sujeta y guarda?
Tal vez del paso mio
el rumor le despierta,
y al escucharlo el triste se acobarda,
porque el sayon aguarda;
y creará, ¡trance fuerte!
la tímida pisada
de su Isabel amada
la pisada espantosa de la muerte.
¡Oh amargo pensamiento
que de mi corazon dobla el tormento!
Allí una luz diviso,
y venir un soldado
á este lugar... Me ocultaré... ¿Y adónde?
Preguntarle es preciso
por ese Berrio, que á mi afan se esconde.
Si afable me responde...
Mas... ¡cielos! imagino
que es él quien aquí viene;
aunque el traje que tiene
es diverso del suyo campesino.
Aguardo rebozada
y en la bondad del cielo confiada.

(Se cubre el rostro con el rebocillo, y se separa á un lado.)

Sale BERRIO con una batea de mimbre, y en ella pan, dos ó tres escudillas cubiertas y una redoma de vidrio llena de vino, y además una lámpara de barro encendida.

BERRIO. (Sin reparar en doña Isabel.)

Mucha tentacion es esta,
pan, butifarra y jamon,
¡y vino aloque!... Me temo
que no me contengo, no.
Mas ¿si ese fraile lo cuca,
que es un duende, vive Dios,
y me ataja el apetito
descargándome una coz?
Tate, tate, amigo Berrio;
anda fuera, tentacion.

(Echa á andar resuelto, y al momento se para.)

Mas verme solo, y pasarme
sin catar... (Huele la redoma.)

¡Qué rico olor!

esta ampolla tan galana,
fuera ser un burro yo.

D.^a ISA. Berrio.

BERRIO. (Sobresaltado.) ¡Santa Genoveva!

¿De dónde sale esta voz?

A que algun familiar tiene,
que me persiga, el frailon.

(Temblando.)

Reconozcamos... ¡qué miedo!
si álguien en el corredor...

(Repara en doña Isabel.)

¡Ay Jesus!... (Cree ser Sancha y se acerca.)

Hola, Sanchica:

¿tú despues de puesto el sol,
vienes á ver á tu nene?...
Algun santo te inspiró.

¿La cena me traes sin duda?

No puede ménos tu amor.

¿Y has entrado rebozada?...
Así me gusta, por Dios,

para evitar requebrajos
de tanto pillo tumbon.

(Con confianza.)

Mas ya que estás con tu esposo,
y á solas ambos á dos,
fuera ropa.

(Le quita el rebocillo y queda pasmado.)

Mas ¡oh cielos!

esta no es Sanchica, ó
borracho estoy...

D.^a ISA. No, no es Sancha.

BERRIO. (Retrocediendo.)

Pues ¿quién eres tú, vision,